

COMPENDIO DEL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

n° 123 ¿Por qué llama Jesús a sus discípulos a cargar con la propia Cruz?

Monseñor José Ignacio Munilla

(Transcripción aproximada del audio)

Número 123 del Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica:

¿Por qué llama Jesús a sus discípulos a cargar con la propia Cruz? (618)

Al llamar a sus discípulos a tomar su cruz y seguirle (cf. Mt 16, 24), Jesús quiere asociar a su sacrificio redentor a aquellos mismos que son sus primeros beneficiarios.

Hay una famosa frase de San Agustín que ya la hemos referido más de una vez: *“El que te creó sin ti, no te salvará sin ti”*, y esa frase podría entenderse en el sentido de que Dios nos ha dado su salvación y espera que nosotros, con una vida digna, con el cumplimiento de los mandamientos, con obras buenas, seamos capaces también de decirle “sí” a Dios y obviamente, pues es una interpretación correcta, nos salvamos por la fe y por las obras. Pero no se trata únicamente del cumplimiento de los mandamientos o de las buenas obras con las que acogemos la salvación de Dios, sino también de la participación de la Cruz de Cristo.

Por cierto, no es curioso que en nuestro lenguaje habitual hayamos llegado a designar con la palabra “Cruz” a los sufrimientos y contrariedades de la vida; en nuestro lenguaje popular decimos: estoy teniendo muchas cruces, y ¿a qué se refiere con las cruces? Pues que estoy teniendo problemas, sufrimientos, contradicciones, y las llamamos cruces. Obviamente ha sido la inspiración cristiana la que ha llevado a designar con el término “Cruz” lo que es el sufrimiento de la vida.

Lo que nos está recordando este punto del catecismo es que esas contradicciones, esas cruces, que por cierto forman parte de la vida de todos y de cada uno de nosotros, todos tenemos cruces, tenemos contradicciones, no hay nadie que no las tenga, no hay nadie que no cargue con un nivel de sufrimiento que a veces puede ser mayores que otros, pero es que hay veces que los sufrimientos, objetivamente hablando, que parecen menores, sin embargo, son vividos de una manera psicológicamente, con un sufrimiento que pueden pesar más que los sufrimientos que, aunque objetivamente sean más graves, sin embargo, se viven con otro espíritu; entonces, todos tenemos sufrimientos.

Entonces, Jesús nos dice que su salvación pasa también por el hecho de que nosotros los abracemos; que sería una falsa religiosidad, la religiosidad de quién renegase de sus sufrimientos, que hiciese de ellos una ocasión de maldecir la vida y sentirse sencillamente un desgraciado por la mala suerte de su vida, y entonces maldice su vida y lo que hace es refugiarse en una religiosidad que lo que hace es cumplir una serie de ritos religiosos para intentar buscar su salvación. Sería un error. Porque en todos los acontecimientos que tú

entiendes como desgraciados de tu vida, allí también estás llamado a abrazarlos, descubriendo en ellos también la salvación de Jesucristo. Osea, la salvación de Jesucristo acontece cuando nosotros descubrimos, en los sufrimientos de la vida, la potencialidad redentora que tienen, cuando son aceptados y ofrecidos junto con Cristo. Cuando cada uno de nosotros, en vez de renegar, en vez de sentirnos los más desgraciados del mundo, decimos: lo acepto, lo abrazo y lo ofrezco; ese acepto, abrazo y ofrezco forma parte del designio de la salvación de una verdadera espiritualidad.

La verdadera espiritualidad no es huir de los sufrimientos de la vida buscando en unos ritos religiosos la salvación, sino que es hacer presente a Cristo en medio de todos los sufrimientos de la vida, entendiendo que todos ellos, unidos a Cristo, son redentores. El famoso pasaje de Mateo 16, 24 dice: *“Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga”*. La primera expresión de negarse a sí mismo, en el fondo es decir, que se haga la voluntad de Dios y no la mía: yo hubiese soñado de otra manera mi vida, pero yo confío en Dios y yo digo “hágase”. La segunda expresión, *“tome su Cruz”*, y tomar la Cruz no es arrastrarla, es abrazarla. Hay una saetilla carmelitana que dice “El que lleva su Cruz arrastrada, está cargando un peso que le resulta insoportable, pero abraza tu Cruz y verás que es mucho más llevadera cuando la abrazas que cuando la arrastras. El que arrastra la Cruz de la vida, se le clava en el suelo como si fuese un ancla; pero aquel que abraza su Cruz se lleva la sorpresa de que es más llevadera. La tercera expresión: *“y me siga”*; ese seguimiento a Jesucristo, después de haber abrazado la Cruz, es el hacer la ofrenda de nuestra vida; vivir la vida en intensidad de amor sabiendo que en todas esas situaciones de contradicción de nuestra vida estamos identificándonos con Cristo crucificado. Nos identificamos con la Cruz, que termina por ser gloriosa, esa es la paradoja, y el que abraza la Cruz, termina por entender que esa Cruz resulta gloriosa en su vida.